

No cream ustedes, señoras y señores que me honran escuchando esta charla, que el título de Vagabundeos que le doy es uno de tantos artificios literarios destinados a aparentar modestia; nó; nada de trucos; ya están desacreditados; el título, completamente veraz responde a la sospecha que me asalta al comenzar este trabajillo de que el pobre me va a salir bastante desordenado. No esperen ustedes un viaje instructivo, de plan premeditado, ni una excursión estilo Agencia Cook ó American Expres, esas con guías gritones y turistas en rebaño; será apenas un vagabundeo anárquico, al azar de las indicaciones de una brújula descompuesta, por las tierras poéticas de España

Siendo yo muy niña leí en el reverso de una hojita de almanaque, ese sabio maestro, obra de consulta de algunos intelectuales, esta frase firmada por Madame Stael "El viajar es uno de los placeres mas tristess de la vida" Despues he pensado que la frase es una tontería y que a madame Stael nunca se le ocurrió, probablemente; antojo del compilador del almanaque.

No, no es el contradictorio de triste el calificativo que le corresponde al placer de viajar; alegre? diremos entonces? Tampoco; lo llamaremos mejor, inquietante, estimulador de una curiosidad siempre despierta y nunca satisfecha del todo.

Así como, según el aforismo médico, no hay enfermedades, sino enfermos, en este asunto, no hay viajes, sino viajeros; por eso, según afirmó Francis de Croisset en una deliciosa conferencia, cada viajero cuenta su viaje; "si todos tuvieran la misma manera de interpretar las cosas-agrega-los viajeros no enviarían relatos mandarían circulares".

Como las crónicas y libros de viaje no pertenecen a esa categoría sino a la de las impresiones individuales, el fino e ingenioso literato francés concede que cierta clase de mentira algo así como mentira sincera y, hasta cierto punto, inconciente, constituye el derecho de todo escritor. Tranquilícense ustedes; no abusaré de él.

Hay viajeros apasionados a quienes domina la obsesión del frecuente cambio de paisajes, de la búsqueda de nuevos horizontes; viajeros, que según la frase atribuida a Paul Morand, desearían que, después de muertos, se hiciera con su piel una maleta.

Pareceme que entre los compatriotas a quienes me he encontrado por esos mundos de Dios, disfrutando de los encantos y de las molestias del turismo, ninguno llega a ese colmo de la afición; las observaciones, tal vez superficiales, que acerca de ellos he hecho me llevan a la distinta conclusión siguiente: para que un viaje sea grato y provechoso se necesita, además del indispensable bienestar físico y anímico, una de estas dos condiciones: dinero en abundancia ó sinceras aficiones intelectuales o estetizantes; cuando ambas cosas se reúnen, miel sobre hojuelas; con una sola de las dos, tampoco la pasa mal el viajero, aunque para no aprovechar demasiado del derecho aquel proclamado por de Croisset, debe confesarse que si a muchas gentes los billetes contantes y las monedas sonantes para frecuentar hoteles de lujo, joyerías rutilantes, cabarets bulliciosos, casino arruinadores y casas de modas, con igual peligroso atractivo les basta y les permite prescindir gozosamente de museos, bibliotecas, conciertos, puestas de sol, lagos serenos y bosques umbríos los que buscan ante todo, esos placeres espirituales, han de proveerse también de una modesta cartita de crédito o cosa que se le parezca.

Feliz el viajero que llega a los países aún desconocidos para él con su curiosidad intacta, olvidado de viejas lecturas, libre de prejuicios heredados, limpio de ideas hechas.

implora a la muchacha ingenua e ignorante el poeta, ansioso de huir el dogma, el viejo modo, lo marginal, lo escrito, y en un viaje de azoramientos, contemplarlo todo.

CO-AP 2
CAT. 4
DOC. 120
FOL 9

4.1

VAGABUNDEOS.

No crean ustedes, señoras y señores que me honran escuchando esta charla, que el título de Vagabundeos que le doy es uno de tantos artificios literarios destinados a aparentar modestia; nada de trucos; ya están desacreditados; el título, completamente veraz responde a la sospecha que me asalta al comenzar este trabajo de que el pobre me va a salir bastante desordenado. No esperen ustedes un viaje instructivo de plan premeditado ni una excursión estilo Agencia Cook o American Express, esas con guías gritones y turistas en rebaño; será apenas un vagabundeo anárquico, al azar de las indicaciones de una brújula descompuesta, por las tierras poéticas de España.

Siendo yo muy niña, leí en el reverso de una hojita de almanaque, ese sabio maestro, obra de consulta de algunos intelectuales, esta frase, firmada por Madame Staël: "El viajar es uno de los placeres más tristes de la vida". La paradoja me deslumbró; era la primera que caía bajo mis ojos; calculen ustedes! Después he pensado que la frase es una tontería y que a Madame Staël nunca se le ocurrió, probablemente; antojo del compilador del almanaque.

No, no es el contradictorio de triste el calificativo que le corresponde al placer de viajar; alegre, diremos entonces? Tampoco; lo llamaremos mejor inquietante, estimulador de una curiosidad siempre despierta y nunca satisfecha del todo.

Así como, según el aforismo médico, no hay enfermedades, sino enfermos, en este asunto no hay viajes, sino viajeros; por eso, según afirmó Francis de Croisset en una deliciosa conferencia, cada viajero cuenta su viaje; "si todos tuvieran la misma manera de interpretar las cosas-agrega-los viajeros no enviarían relatos; mandarían circulares".

Como las crónicas y libros de viaje no pertenecen a esa categoría sino a la de las impresiones individuales, el fino e ingenioso literato francés concede que cierta clase de mentira, algo así como una mentira sincera y, hasta cierto punto, inconsciente, constituye el derecho de todo escritor. Tranquilícense ustedes; no abusaré de él.

Hay viajeros apasionados, a quienes domina la obsesión del frecuente cambio de paisajes, de la búsqueda de nuevos horizontes; viajeros, que según la frase atribuida a Paul Morand, desearían que, después de muertos, se hiciera con su piel una maleta.

Paréceme que, entre los compatriotas a quienes me he encontrado por esos mundos de Dios, disfrutando de los encantos y de las molestias del turismo, ninguno llega a ese colmo de la afición; las observaciones, tal vez superficiales, que acerca de ellos he hecho, me llevan a la distinta conclusión siguiente: para que un viaje sea grato y provechoso se requiere, además del indispensable bienestar físico y anímico una de estas dos condiciones: dinero en abundancia o sinceras ~~exquisitezas~~ aficiones intelectuales o estetizantes; cuando ambas se reúnen, miel sobre hojuelas; con una sola de las dos tampoco la pasa mal el viajero, aunque, para no aprovechar demasiado del derecho aquel proclamado por de Croisset debe confesarse que si a muchas gentes los billetes contantes y las monedas sonantes para frecuentar hoteles de lujo, joyerías rutilantes, cabarets bulliciosos, casinos arruinadores y casas de modas con igual peligroso atractivo les basta y les permite prescindir gozosamente de museos, bibliotecas, conciertos, puestas de sol, lagos serenos, y bosques umbríos, los que buscan ante todo esos placeres espirituales han de proveerse también de una modesta cartita de crédito o cosa que se le parezca.

Feliz el viajero que llegara a los países aún desconocidos para él con su curiosidad intacta, olvidado de viejas lecturas, libre de prejuicios heredados, limpio de ideas hechas.

-Dame tus ojos para ver la vida
implora la muchacha ingenua e ignorante, el poeta ansioso de
Huir el dogma, el viejo modo,
lo marginal, lo escrito, y en un viaje
de azoramientos, contemplarlo todo.

No soñemos con ese maravilloso viaje de azoramientos; hoy estamos demasiado enterados, y ya sabemos, antes de pisar sus calles, que Nueva York es metalizado, y París frívolo, y Roma arcaica, y Londres sombrío, y Madrid chulesco. Quizás, al conocerlos se nos revelen otros aspectos; acaso atisbemos facetas insospechadas; pero, a qué detenernos en ello si ya tenemos el cómodo cliché?

No soñemos con ese maravilloso viaje de azoramientos; hoy estamos demasiado enterados, y ya sabemos, antes de pisar sus calles, que Nueva York es metalizado, y París frívolo, y Roma arcáica, y Londres sombrío, y Madrid chulesco. Tal vez al conocerlos, se nos revelan otros aspectos, acaso atisbemos facetas insospechadas; pero, a qué detenernos en ellos si ya tenemos el cómodo cliché?

España posee el suyo, mejor dicho, los suyos, muy divulgados; presentan unos la España de pandereta; toros, castañuelas, mantillas, guitarras, mantones de flecos, cañas de manzanilla y ole con ole; muestran los otros, en sus variantes, lo que Chocano llamó en verso magistral:

Raza de leyenda, país de museo.

En resumen, Andalucía y Castilla, pero vistas exageradamente y por un solo lado, esto es, con las dos maneras de parcialidad. Porqué si no pueden ser nuestros los ojos inocentes y el alma nueva anhelados por el vate mexicano, no ponemos para ver a los demás, atención en las pupilas y deseo de comprender en el espíritu?

Un ilustre miembro del Patronato del Museo del Prado, el señor Sanchez Cantón, crítico entendido y sereno, dice que si con un concepto se logra definir a un país, el que conviene a España es éste: diversidad. Sí; diversidad de clima, de topografía, de orígenes étnicos, que forma sin embargo un todo de peculiar armonía; trataré de demostrarlo en esta conversación, no obedecerá al itinerario, en ocasiones impuesto por las circunstancias, de mis dos afortunados viajes de los últimos años, sino al capricho de la evocación.

Empecemos, si ustedes no se oponen, por Galicia; ni Andalucía riente ni Castilla austera; ni sol radioso no aire diáfano; ni hablar sincopado y cantante no gravedad o desgarró en el acento; cielo pálido, lluvias frecuentes, arrobadora variedad de paisajes, suavidad gallega en la entonación de nuestro idioma. No hemos dejado el barco, y ya Vigo brinda a nuestra contemplación el regalo de la curva elegante de su bahía, rodeada de frondas de variado verdor; al bajar a tierra, la ciudad se nos ofrece limpia, moderna, bien pavimentada, con bonitas construcciones sobre su terreno accidentado, un lindo parque con pájaros cantarines y el busto de Curros Enríquez, el dulce bardo que cantó así sus nostalgias de la región gallega:

Airiños, airiños, aires,
airiños da minha terra,
airiños, airiños, aires,
airiños, levame a ella,

y un teatro que lleva el nombre glorioso de Rosalía de Castro, blasón del lirismo de España.

De Vigo parte la asfaltada pista que va a Santiago de Compostela. Los ojos no se sacian de admirar las variadas bellezas que la naturaleza ha prodigado en la tierra gallega: rías apacibles y cristalinas, matizados bosquillos, valles eglógicos, pueblecillos risueños que orillan la carretera, atravesada frecuentemente por aldeanas de alpargatas, estiradas medias, falda a la rodilla y la melena a la altura de la oreja. Solo las de edad respetable continúan fieles al traje regional y se encuentra algu con las piernas desnudas, sayas de mucho vuelo y en la cabeza el trozo de tela de vivos colores encina de la cual llevan, en asombroso equilibrio tarros con leche y grandes cestas colmadas de frutas y pescados. Son, por lo general, fuertes y esbeltas, y entre las muchachas suele haberlas muy guapa de fresca tez, cabellos de un rubio bronceo, y ojos verdes que hablan de la ascendencia celta.

El paisaje campesino se va tornando urbano al acercarse a Santiago de Compostela, la ciudad de las famosas peregrinaciones medioevales. A ella trasladaron a principios del siglo IX, el cadáver del apóstol Santiago, martirizado en Palestina, por orden de Herodes, y enterrado en Iria Fluvia por sus discípulos. El Papa Leon III comunicó al mundo católico la noticia de la nueva inhumación de las reliquias y desde entonces hasta que la Reforma protestante convulsionó a la cristiandad, ar debilitando, como consecuencia, muchas prácticas devotas, se veía continuamente por el camino de Santiago innumerables romeros apoyados en el bordon, al hombro la calabaza llena de agua y con la esclavina y el ancho sombrero adornado de cojchas.

Ahora los restos de Santiago el Mayor se guardan dentro de una arca de plata en la cripta de la Catedral de Compostela, culminación soberbia de la arquitectura románica. Como en la mayor parte de los monumentos religiosos levantado en pasadas centurias por la piedad y el arte, y que requirieron largo espacio de tiempo para su construcción y término, no se contempla un estilo único en la catedral de Santiago, pues aunque predomine, como ya se ha dicho, en espléndida forma el románico, el barroco muestra su gallarda exhuberancia en la fachada del Obradoiro, y el gótico ostenta su típica elegancia en el celeberrimo pórtico de la Gloria, adornado con 135 esculturas religiosas, de admirable ejecución. La portada princi-

pal, que es la dieciochesca del Obradoiro, eleva sobre airosa escalinata el prodigio de su arquitectura, en vastísima plaza, cuyo encuadramiento completan, en trazo y belleza, el palacio del Consistorio, el Hospital real y el colegio de San Jerónimo.

La desigualdad del terreno en que la ciudad se asienta, la estrechez de sus rúas tortuosas y la sombría tonalidad de las construcciones de granito contribuyen a conservarles su pátina arcaica y a acentuar el contraste con el vecino y progresista puerto de la Coruña y su animada población, muy traficada, con anchas calles, lujoso comercio y casas que tienen en sus pisos altos esos balcones todos de cristales, que en varios puntos de España se denominan miradores y en Barcelona, tribunas. Hay en La Coruña un parque florido, tendido a lo largo de los muelles, frente al Cantábrico, donde la estatuaría rinde culto a mujeres preclaras: en un sencillo monumento se destaca el perfil venerable de doña Concepción Arenal, que tuvo cerebro y corazón de apóstol y descansando en un sillón mármreo se ve la egregia figura de doña Emilia Pardo Bazán. Ellas forman con Rosalía de Castro la excelsa trinidad femenina que da a Galicia la honra de haber sido su cuna, y a la raza hispana y a sus mujeres el noble orgullo de que sean syas esas cumbres de la Sociología, de la Literatura y de la Poesía.

De la Galicia medioeval con sus peregrinaciones religiosas pasamos rápidamente a las del siglo XIX con sus mujeres pensadoras y artistas; no nos alejaremos ahora mucho de ella en el espacio, pues nos asomaremos a la región Cantábrica, llamada por antonomasia la Montaña, pero sí en el tiempo remontándonos hasta la pre historia en la Cueva de Alatamira. Entrase en ella casi a gatas, y a la luz vacilante del hachón del guía, se la recorre, caminando trabajosamente sobre pedrones húmedos y resbaladózos. Cuando los ojos se acostumbran a la penumbra, descubren, sorprendidos, bizontes, toros y ciervos pintados en la bóveda inclinada de la cueva; algunas de las figuras están grabadas en las paredes con un trozo de pederrenal, otras contorneadas de rojo amarillo o negro ó policromadas en estos colores y hay varias en las que se ha rellenado el contorno con una tinta plana. En estas pinturas rupestres, hechas sin el auxilio de la luz solar, asombran la firmeza y precisión del dibujo y la verdad de las imágenes; ciervos lanzados a la carrera, caballos, toros y bizontes copiados con realismo pasmoso por los pintores paleolíticos, seres primitivos de un mundo en formación, que ya alentaban, en el oscuro fondo de su siquis, la intuición del arte.

Al salir de la caverna, regocija las miradas el esplendor del día, bañando de claridad las praderas y las blancas casucas aldeanas con tejados rojos; la parte del camino que forzosamente ha de hacerse a pie resulta fácil y grata, disfrutando del sereno paisaje y de la fresca brisa montañesa. Junto a la cuesta suave, tapizada de césped, espera el coche que lleva a Santillana del Mar, y tras pocos minutos de marcha se detiene a la entrada de la arcaica villa, aún no profanada por los carruajes modernos; y aquí volvemos a encontrarnos en plena Edad Media, aunque a las puertas de una ciudad palpitante de ~~actividades~~ actividades actuales como Santander.

Vieja Santillana dormida en un sueño secular. Es pequeña y callada, con la solemnidad de un museo que por arte de hechicería habitaran nuestros conyemporáneos, y parece que sus casas antañonas fueran a derrumbarse bajo el peso de los grandes escudos de sus portaladas. Cerca de la Colegiata, bella muestra del estilo románico con sus torres macizas, su claustro severo donde se conservan sepulcros pétreos de monjas y magnates, su legendaria tumba de Santa Illiana ó Juliana en el centro de la iglesia y su altar mayor con frontal de madera en talla trescentista cubierto por otro de plata repujada, se ve en el ruinoso palacio de los condes de Torre Velarde el escudo con la célebre leyenda:

Velar se debe en la vida
de tal suerte

que vida quede en la muerte;

algo más allá, está el palacio del primer marqués de Santillana, nigromante y poeta aquel don Iñigo López de Mendoza, galán cortesano de La vaquera de la Finojosa; próximos, el de los Borja, el de los Cevallos, el de los Bustamante, el de los Tagle la torre del Aguila; y perfectamente restaurado, con grave señorío, el de los marqueses de Benemejía; tiene en la fachada el blasón de los dueños de la casa, y en el patio, dominando la escalera, otro donde se lee el mote:

Ardid es de caballeros
cevallos para vencillos.

Tal ví a Santillana, reliquia de la genuina España ancestral, la que terminó con los Reyes Católicos, la que no conoció dinastías extranjeras y alentó espíritu de libertad y progreso, desconocido y desviado después por Austrias y Borbones.

Diga de ese espíritu Segovia, centro de la lucha de los comuneros que, encabezados por Juan de Bravo y Juan de Padilla, defendieron los fueros castellanos contra las restricciones tiránicas de Carlos V. Esa defensa heroica motivó sangrientas represiones y causó en la ciudad daños tan importantes como la destrucción de su catedral; al ver la que hoy existe, no nos decidimos a deplorar aquel mal; es la catedral de Segovia, aunque comenzada en el Renacimiento, el último de los monumentos góticos españoles y guarda en su recinto amplio y severo magníficas capillas con rejas primorosamente forjadas y místicas imágenes talladas por Alonso Cano y Gregorio Hernández; siendo mucha la hermosura del templo en su parte interior, encuentro superior la externa con sus cúpulas solemnes, las atrevidas agujas de las numerosas torrecillas y el cálido tono amarillo de la piedra, vibrante de luminosidad bajo los vivos rayos del sol de Castilla. A Segovia no le basta con ostentar casonas solariagas y guerrero Alcázar se enorgullece además de su abolengo latino y, prenda de él luce además de las insignias románicas su Acueducto soberbio.

Próximo a Segovia se encuentra -amable oasis en la adustez de la meseta castellana- San Ildefonso, donde Felipe V construyó para consolar sus añoranzas de Versalles, el palacio de La Granja. La extensión y variedad de los jardines, su artístico trazado, las lindísimas fuentes de límpidas aguas, las estatuas de musas coquetas como marquesas del XVIII y de dioses galantes como caballeros de Watteau, hacen del parque, en cuya lejanía se yergue el Guadarrama tocado de nieves, no la copia sino el rival de Versalles. La frivolidad elegante de la época en que hasta la devoción se tornó muelle y ligera, perdura en los jardines, en el palacio y hasta en la iglesia de La Granja. La adornan espejos de historiados marcos, los ángeles pintados en la cúpula parecen amorcillos y las puertas son blancas con fillos dorados como las de nuestra preciosa quinta de Presa. (Espero que continúe siendo preciosa).

Prodigios de la hermana agua, como hubiera dicho Amado Nervo, en La Granja y en Versalles. Juegos maravillosos de claros cristales. Delicite de príncipes y cortesanos. Ya no sois lo que fuistáis. Estais derrotados por la ciencia de hoy. Vuestro encanto palidece ante el de las fuentes luminosas de Barcelona, miliaunochesca creación de un ingeniero con fantasía de poeta. La fotografía, apesar de su perfeccionamiento y de la fuerza artística que ha adquirido, no alcanza a reproducir la visión exacta de los colores, las formas, la movilidad fantasmagórica de esas masas líquidas en que parecen reunirse gravedad y levedad. Ante el Palacio Nacional, en el Parque de Montjuich, sede de la Exposición, son ellas ornato digno de Barcelona, el mejor puerto del Mediterráneo, la primera gran ciudad de España. -Y Madrid?-, dirán ustedes, Madrid es otra cosa; es la simpatía misma, hecha capital de una nación.

Enumerar los atractivos de Barcelona sería usurpar sus funciones al Baedeker; procurar explicar su proteísmo, inútil pretensión. Mi frívolo vagabundeo se detiene respetuoso ante la vieja Barcino de tradición helena, rodeada de montañas rojizas y fértiles, con el Mare nostrum a sus plantas y con las actividades de la industria, las audacias del arte y las agitaciones de todas las ideologías dentro de su recinto suntuoso.

Cruzando el Mediterráneo llegamos a Palma de Mallorca, apacible y clara, saludable y tibia, cuna del Doctor Iluminado, ambición de monarcas belicosos, prisión de pensadores, refugio amable de aristócratas desengañados, de artistas enfermos, de poetas. Vagan sus sombras por los ámbitos de la isla encantada. En la Plaza Mayor, no lejos de la Seo monumental, vemos la estatua ecuestre de don Jaime el ~~Rey~~ el Conquistador, armado de todas armas; en el templo de San Francisco de Asís, nos inclinamos ante la tumba de Raimundo Lulio, el Doctor Iluminado por la Gracia como final de su historia de amor, audacia y desencanto; el Castillo de Bellver parece dominado por la figura austera de Jovellanos, que en él tuvo cárcel; Miramar la espléndida posesión del archiduque Luis Salvador de Austria, nos insinúa que son deleitosos los aislamientos principescos, y sobre el ascetismo de la Cartuja de Valldemosa se imponen el romanticismo tormentoso de Jorge Sand, la honda melancolía de Chopin doliente y los versos armoniosos de Ruben Darío:

life, con la clara armonía de los surtidores, el sendro florido que lleva a la Torre de la Vela y el panorama que desde su altura se divisa: en lo hondo, la ciudad blanca con tejados rojos, las cuevas del Sacro Monte, madrigueras de gitanos, el barrio legendario del Albaicín, y allá arriba, señoreando la población, la Sierra Nevada, cuyas albas cumbres tiñe de rosa el crepúsculo vespertino, sonoro de la voz de las campanas que llaman al Ángel.

Concreción y capital de la Andalucía de la Edad Media es Sevilla, la bien nombrada ciudad de la gracia, y, entre las de la Península, la más vinculada a nuestra América; de sus puertos salían las naos que traían a estas playas gentes de espada, de sotana y de toga, y a él volvían, cargadas de tejos de oro y de barras de plata: allí en los grandes salones severos del Archivo de Indias y en la biblioteca Colombina, se atesora nuestra documentación histórica; la arquitectura sevillana - iglesias barrocas, casas bajas, patios encuadrados por columnatas y con plantas y pilas en el centro, rejías para el coqueteo - revive en las más típicas poblaciones de este Continente: México, Caracas, Santa Fé y Córdoba de la Argentina, Trujillo, Lima; tiene la ciudad del Guadalquivir una de las Catedrales más hermosas entre las magníficas que posee España; el esplendor del gótico y del plateresco se juntan en ella; el arranque audaz de su Giralda esbelta le da elegancia árabe; y, sin embargo a pesar de la innegable superioridad de esa Catedral sobre la nuestra, no se dejó cegar por el amor al terruño el poeta de las Tradiciones, cuando dijo que en la Lima de su época,

ciudad de celosías y de pabotes,
y de góticas torres y minaretes,
a la par goda y árabe, sería y sencilla,
su catedral remeda la de Sevilla;

la exageración pintoresca del hablar recuerda a la nuestra: - aquí mira usted al cielo y se sonríe - me dijo una mujer del pueblo, ponderando la claridad del firmamento sevillano; también la afición al rumbo y al serroche es análoga a la de nosotros: - cuando tengo, luminarias; cuando nó, me acuerdo a oscuras - ha sido siempre expresión favorita de la gente de Sevilla, y en verdad que ante el espectáculo que hoy presenta la economía mundial, entran ganas de aplaudir esa filosofía, alegre, imprevisora y resignada.

Y por eso, por sus semejanzas con lo propio, nos gusta Sevilla; y también por sus diferencias; y por la grandeza de su historia, y por el prestigio de su leyenda, y porque allí nació Velásquez y pintó Murillo su Purísima, y porque en la Capilla del Hospital de la Caridad, donde están los lienzos macabros de Valdés Leal, vemos, pintada en el techo, místicas escenas de la vida de Santa Rosa, de Lima, y porque, como intensa manifestación de un sentimiento que late bajo la sonrisa, allí abrió los ojos y allí cantó Becquer, y, en fin, porque la ciudad, para decirlo con una expresión muy suya, tiene ángel.

En tropel se agolpan aquí mi memoria imágenes de otros lugares que visité, pocos para mi curiosidad y mi cariño hispanistas, demasiados para hablarles a ustedes de ellos: históricas alturas de Covadonga en la fertilísima Asturias; encanto levantino de Valencia, patria de pintores, con la Lonja, joya del gótico flamígero, y la iglesia dedicada a nuestra Santa Rosa; Cádiz, blanca y risueña, con el recuerdo cívico de las Cortes de 1812, algunas de cuyas sesiones presidió un ilustre peruano, Morales Duárez, y la riqueza pictórica de su Museo y sus templos - oh, aquel San Francisco del Graco, en la capilla del Hospital de mujeres; Santander, que como de su actividad comercial y su progreso urbano, se enorgullece de que la ennoblezcan la biblioteca Menéndez y Pelayo, amoroso legado del polígrafo eminentísimo a su ciudad natal, y San Quintín, residencia estival de Galdós, coloso de la novela contemporánea; y aquella aldehuela de pescadores, de rías azules y campos policromos, que se llama San Vicente de la Barquera; y, contrastando en el recuerdo con su rústico hechizo, la majestad de Burgos, noble emporio de la gravedad castellana, con su Cartuja, su monasterio de las Huelgas y su Catedral imponderable, protegidos por la gran sombra del Cid.

Y León..... Dejenme ustedes detenerme un poquito en la patria de Guzmán el Bueno. Pocos recuerdos más vivos en mi mente que el de aquella mañana de otoño en que visité la Pulchra leonina; afuera había dejado el ambiente brumoso y gris del cielo; dentro, solo confusamente se percibía el conjunto, mas que los detalles de la Catedral; de pronto, un fuerte viento debió aventar las nubes, y el sol fulgió poderoso, penetrando a raudales en el templo, a través de los ventanales de coloreado cristal, tan numerosos, que casi remplazan a los muros, y dan al viajero la impresión de encontrarse dentro de un gigantesco fanal de vidrios ojivales y permiten exclamar a los leoneses enorgullecidos que si gentil y aérea Catedral no tiene paredes. Las tiene, pétreas e imponentes, la Basílica de San Isidro, antiguo panteón regio donde yacen Ordoños y Alfonsos, Berenguelaws y Leonores, y, además, a crearle al sacristan, los

Velázquez y Goya: el uno es la suprema serenidad, no la serenidad venturosa de la inocencia, sino la difícil, la que se paga caro, de la comprensión. Homenaje a Madrid, su cielo de indigo ilumina los cuadros de Velázquez y las cumbres nevadas del Guadarrama sirven de fondo a muchos de ellos.

Como en Velázquez la serenidad, en Goya nos subyugan el patetismo y la burla implacable; mira a la humanidad a través del Madrid convulsionado de su época del pueblo que él pintó solazándose a orillas del Manzanares y luchando contra los invasores en las trágicas jornadas del 2 de mayo, y que es el mismo pueblo festivo, valeroso y honrado, pero ya no ignorante, que al proclamar la República ofreció la lección ejemplar en las revoluciones triunfadoras, de despreciar el botín y no ofender a los caídos.

Termina ya este caprichoso vagabundeo, este recorrido a vista de pájaro, por el panorama evocativo de mis andanzas hispanas. Es eso, el refugio del recuerdo, todo lo que nos deja un viaje? Creo que algo más. Un buen literato de la España actual, Enrique Díez-Canedo, vino a América, traído por sus curiosidades de artista y estudioso y concretó luego sus impresiones en este mundo nuestro en líricos y nutridos epigramas. Después, saboreando la miel del retorno y la paz hogareña, del ingente acervo de sus lecturas surgieron las clásicas y con ellas las míticas figuras del héroe de la Odisea y del aventurero buscador del aureo bello cino; sintetizó así entonces, el sentido y la proyección ~~inabundante~~ perdurable de los viajes en esta estrofa, que yo repito como humilde anhelo:

Ni Ulises ni Jasón. Toda mi ciencia
consista en ser más claro, más sereno,
más rico, pero solo de experiencia,
tal vez más útil, y ojalá más bueno.